

Enhanced Document

Dirigida por Philippe Ariés
y Georges Duby

Traducción de M.^a Concepción Martín Montero.

taurus

UNA EDITORIAL DEL GRUPO

SANTILLANA QUE EDITE EN:

ESPAÑA MÉXICO
ARGENTINA PERÚ
COLOMBIA PORTUGAL
VENEZUELA PUERTO RICO

Para una historia
de la vida privada

Philippe Ariés

¿Es posible una historia de la vida privada? ¿O bien esta noción de «privado» remite a unos estados, a unos valores que resultan demasiado heterogéneos de una época a otra para que podamos establecer relación de continuidad y de diferencias entre las mismas? Esta es la pregunta que quisiera formular, y la que el coloquio dará, según espero, alguna respuesta.

Les voy a proponer dos épocas de referencia, dos situaciones históricas, o mejor dos representaciones aproximativas de dos situaciones históricas, sólo para que tengamos la posibilidad de plantear el problema del espacio intermedio.

La situación de salida será el final de la Edad Media. En ella encontramos un individuo inserto en solidaridades colectivas, feudales y comunitarias, en el interior de un sistema que apenas funciona: las solidaridades de la comunidad de habitantes, las solidaridades de linaje, los vínculos de vasallaje que ligan al individuo o a la familia — un mundo que no es privado ni público en el sentido que nosotros damos a tales términos, como tampoco en el sentido que les dio, con otras formas, la época moderna. Digamos de manera trivial que lo privado y lo público, la cámara y el tesoro se confunden. ¿Pero qué quiere decir esto? Ante todo

y esencialmente que muchos actos de la vida privada, tal como ha mostrado Norbert Elias, se realizan, se realizarán aún durante mucho tiempo en público.

Esta observación tan brusca debe ir acompañada de dos correcciones:

[Nota: Este texto fue como introducción al seminario de la «historia del espacio privado», organizado por el Wissenschaftskolleg de Berlín en 1983. Le hemos añadido las reflexiones que inspiró a Philippe Ariés. R. Ch.]

HISTORIA

La comunidad que rodea y limita al individuo, la comunidad rural, la ciudad pequeña, el barrio, constituye un medio familiar en el que todo el mundo se conoce y espía, y más allá del cual se extiende lo incógnito, habitado por personajes de leyenda. Era el único espacio habitado y regulado según cierto derecho.

Además, este espacio comunitario no era un espacio lleno, ni siquiera en las épocas de poblamiento fuerte. En él subsistían vacíos —el rincón de la ventana, la sala, fuera, el vergel, también el bosque y sus refugios— que ofrecían un espacio de intimidad precario, pero reconocido y más o menos preservado.

La situación de llegada es la del siglo XIX. La sociedad se ha convertido en una vasta población anónima en la que las personas ya no se conocen. El trabajo, el ocio, el estar en casa, la familia, son desde ahora actividades absolutamente separadas. El hombre ha querido protegerse de la mirada de los demás, y ello, de dos maneras:

- mediante el derecho a elegir con mayor libertad (o tener la sensación de hacerlo) su condición, su tipo de vida;
- recogiendo en la familia convertida en refugio, centro del espacio privado.

Hay que señalar, no obstante, que todavía a principios del siglo XX persistían, particularmente entre las clases populares y rurales, los antiguos tipos de sociabilidad, la taberna para los hombres, el lavadero para las mujeres, la plaza para todos.

¿Cómo se pasó del primero al segundo de los modelos que acabamos de esbozar someramente? Cabe imaginar diferentes enfoques entre los cuales deberemos elegir.

El primero corresponde al modelo evolucionista: según éste, el movimiento de la sociedad occidental estaba programado desde la Edad Media y conduce a la modernidad a través de un progreso continuo, lineal, aun cuando se registran algunas pausas, algunas sacudidas y algunos retrocesos. Tal modelo ignora la mezcolanza real de las observaciones significativas, la diversidad y el abigarramiento, que cuentan entre las principales características de la sociedad occidental de los siglos XIV al XVI: innovaciones y pervivencias, o lo que nosotros denominamos así, indistinguibles.

El segundo enfoque es más seductor y considera las realidades con más detenimiento. Consiste en modificar la habitual división de períodos, y plantear como principio que desde mediados de la Edad Media hasta finales del siglo XVII no hubo cambio real de las mentalidades profundas. Yo no he vacilado en admitirlo en mis investigaciones sobre la muerte. Esto equivale a decir que la división en períodos de la historia política, económica o incluso cultural no cuadra con la historia de las mentalidades. Sin embargo, hay demasiados cambios en la vida material y espiritual, en las relaciones con el Estado, y también en la familia, para que el período moderno no sea tratado aparte como período autónomo y

original, teniendo presente tanto lo que debe a una Edad Media revisada como lo que anuncia de los tiempos contemporáneos, sin ser por ello la simple continuación de aquélla ni la preparación de éstos.

¿Cuáles son, desde nuestro punto de vista, los acontecimientos que van a modificar las mentalidades, en particular la idea que las personas tienen de sí mismas y de su papel en la vida diaria de la sociedad?

Tres acontecimientos externos, pertenecientes a la gran historia político-cultural, entraron en juego.

El más importante fue tal vez el cometido del Estado, que no dejó de imponerse desde el siglo XVI por modos, representaciones y medios diferentes.

El Estado y su justicia van a intervenir con más frecuencia, al menos nominalmente, incluso cada vez con más frecuencia efectivamente durante el siglo XVII, en el espacio social que antes quedaba abandonado a las comunidades.

Una de las principales misiones del individuo era todavía adquirir, defender o acrecentar el papel social que la comunidad social podía tolerar; pues, sobre todo desde los siglos XV y XVI, había más margen en una comunidad que, debido al enriquecimiento y la diversidad de los oficios, se iba haciendo cada vez más desigual. Las posibilidades de actuar consistían en ganar la aprobación, la envidia o, por lo menos, la tolerancia de la opinión pública gracias a la apariencia; esto es, al honor. Conservar y defender el honor era mantener el prestigio.

El individuo no era lo que era, sino lo que aparentaba, o más bien lo que conseguía aparentar. Todo se disponía a este objeto: el gasto excesivo, la prodigalidad (por lo menos en los momentos adecuados, juiciosamente escogidos), la insolencia, la ostentación. La defensa del honor llegaba hasta el duelo — hasta la participación activa y peligrosa en el duelo — hasta el intercambio público de palabras y de golpes que desencadenaban un ciclo de venganza, pues acudir a las instituciones estatales o a la justicia estaba excluido.

Ahora bien, desde el reinado de Luis XI al menos, el Estado pasó a tomar en cuenta tanto el control de la apariencia. Por ejemplo, prohibió los duelos so pena de muerte (Richelieu) y, mediante las leyes suntuarias, pretendió proscribir el lujo del vestido y que nadie, gracias al vestido, usurpara un puesto que no le correspondía por derecho. Revisaba las listas de nobles para eliminar a los usurpadores. Intervenía cada vez más en las relaciones de lo que nosotros consideramos el centro mismo de lo privado, la vida familiar, por medio de las *lettres de cachet* (1): en realidad, ponía su poder a disposición de uno de los miembros de la familia contra otro, saltándose el aparato ordinario del Estado, más infamante.

Tal estrategia tuvo importantes consecuencias. El Estado de justicia dividía la sociedad en tres zonas:

LAS EVOLUCIONES DE LA EDAD MODERNA

Los indicios de la privatización

La sociedad cortesana, verdadero fórum en el que, bajo envoltura moderna, mantenía la mezcla arcaica de acción política estatal, festividad, compromiso personal, servicio y jerarquía, muchos de cuyos elementos constitutivos existían ya en la Edad Media.

En el otro extremo de la escala social, las clases populares del campo y de las ciudades, en las que persistieron durante mucho tiempo la tradicional mezcla del trabajo y de la fiesta, las voluntades de ostentación y de prestigio, y la sociabilidad amplia, cambiante, renovada. Es el mundo de la calle, del tenderete, de la alameda, de la plaza mayor, al lado de la iglesia.

La corte, la plebe: dos obstáculos para la extensión del nuevo espacio privado que se desarrollaba entonces en los grupos sociales intermedios y, por lo general, cultivados —la pequeña nobleza de toga y la pequeña nobleza municipal, los notables de rango medio—, que encuentran un placer desconocido en quedarse en casa y en mantener en ella una relación agradable con una pequeña société (es la palabra que empleaban) de amigos muy selectos.

El segundo acontecimiento: el desarrollo de la alfabetización y la difusión de la lectura, en particular gracias a la imprenta. Naturalmente, la práctica más generalizada de la lectura en silencio no ha eliminado la lectura en voz alta, que durante mucho tiempo había sido la única manera de leer. Charles de Seigné era un lector excelente. En el campo, durante las veladas, se leen pasajes de los «libros azules» (2), literatura de cordel. Eso no es óbice para que la lectura en silencio posibilite que cada uno se haga por sí solo su idea del mundo, que adquiera conocimientos empíricos, como Montaigne, Henri de Campion, pero también como Jamerey-Duval o el molinero que ha estudiado Carlo Ginzburg. Esta lectura permite una reflexión solitaria que de otro modo hubiera resultado más difícil fuera de los espacios piadosos, de los conventos o de los lugares de retiro, acondicionados para la soledad.

Por último, tercer acontecimiento, que es el mejor conocido y no deja de estar relacionado con los dos anteriores: las nuevas formas de religión que se establecen en los siglos XVI y XVII. Desarrollan la piedad interior, el examen de conciencia, en la forma católica o protestante, sin eliminar, sino todo lo contrario, otras formas colectivas de la vida parroquial. La oración adopta con más frecuencia, entre los laicos, la forma de la meditación solitaria en un oratorio privado o, simplemente, en un rincón de la cámara, sobre un mueble adecuado a este uso, el reclinatorio.

A riesgo de repetirnos, preguntémonos por qué caminos van a penetrar estos acontecimientos en las mentalidades.

Voy a distinguir seis categorías de datos importantes, que agrupan alrededor de elementos los cambios producidos y permiten discernirlos de forma elemental.

1. La literatura de civilidad es uno de los buenos indicadores del cambio, porque en ella se ve la transformación de los códigos caballerescos medievales en reglas de buena crianza y código de cortesía. Norbert Elias la analizó hace mucho tiempo: esta literatura constituyó uno de los principales argumentos de su tesis sobre el gradual alumbramiento de la modernidad. Roger Chartier le ha dado otro enfoque y Jacques Revel la estudiará aquí.

Todo el mundo está de acuerdo en observar en dicha literatura, desde el siglo XVI hasta el XVII, una serie de pequeñas evoluciones que revelan, a la larga, una actitud nueva frente al cuerpo, frente al cuerpo propio y al ajeno. No se trata ya de enseñar cómo debe servir a la mesa un mocito, o cómo debe servir a su amo, sino más bien de alejarlo de otros cuerpos, para sustraerlo al contacto y a la mirada del prójimo. Por consiguiente, las personas dejan de abrazarse, de besar la mano, el pie, de correr a «postrarse de hinojos» ante una dama a quien quieren ofrecer sus respetos. Estas demostraciones vehementes y patéticas se sustituyen por ademanes discretos y furtivos; no se trata ya de aparentar ni de afirmarse ante los demás sino, por el contrario, de hacer presente la atención de los demás sólo lo necesario para que no se olviden totalmente de uno, sin imponerse con un ademán excesivo. La literatura de civilidad, la manera de tratar el propio cuerpo y el de los demás explican un pudor nuevo, una nueva preocupación por disimular determinadas partes del cuerpo, determinados actos como la excreción. «Cubríos que debo ver», dice Tartufo. Ya ha pasado el tiempo en que los hombres del siglo XVI se recubrían con una prótesis que servía de bolsillo y que simulaba poco más o menos la erección. Del mismo modo, causará repugnancia acostar a los recién casados en la cama, en público, la noche de bodas, y regresar a la cámara a la mañana siguiente. Incluso sucederá que este pudor nuevo, sumado a antiguas prohibiciones, dificultará el acceso del cirujano varón al lecho de la parturienta, lugar de reunión esencialmente femenino.

2. Otro indicio de una voluntad más o menos consciente, obstinada, de apartarse, de conocerse mejor uno mismo mediante la escritura, sin que necesariamente haya que comunicar ese conocimiento a otros que no sean los propios hijos para que conserven el recuerdo, y con mucha frecuencia manteniendo en secreto las confidencias y exigiendo a los herederos su destrucción: es el diario íntimo, las cartas, las confesiones, la literatura autógrafa en general, que da fe de los avances de la alfabetización y del establecimiento de una relación entre lectura, escritura y conocimiento de sí mismo.

Son escritos sobre uno mismo y, con mucha frecuencia, para uno mismo y sólo para uno mismo. No siempre se intenta publicarlos. Incluso cuando no se destruyen, sobreviven sólo por casualidad.

HISTORIA

Una nueva manera de concebir y disponer la vida diaria,

el fondo de baúl de desván. Son, pues, escritos redactados únicamente por gusto. Un artesano vidriero de finales del siglo lo confiesa al principio de sus Memorias: «Lo que he escrito fue sólo por mi gusto y por el de recordarlo.» La autobiografía correspondía tan bien a la necesidad de la época que se convirtió en género literario (como el testamento en la Edad Media), en medio de expresión literaria y filosófica, de Maine de Biran a Amiel.

No es casual que el diario íntimo estuviese tan generalizado desde finales del siglo XVI en Inglaterra, país de la privacy. En Francia, donde, salvo algunos casos aislados, no tenemos nada comparable, los livres de raison (3) son, sin embargo, más numerosos y tal vez más densos.

3.2 El gusto por la soledad. Antes no era conveniente que un hombre distinguido estuviera solo, salvo para rezar —y esto seguirá así aún por mucho tiempo. Los más humildes tenían tanta necesidad de compañía como los grandes: la peor de las pobreza era el aislamiento; por eso el eremita lo buscaba como privación y disciplina. La soledad engendra el tedio: estado contrario a la condición humana. Como se ve, ya no es así a fines del siglo XVII. Madame de Sevigné que, sin embargo, no estaba nunca sola en París, escribe en las cartas de la última parte de su vida sobre el placer que le daba en Bretaña quedarse sola tres o cuatro días seguidos, pasearse por las alamedas plantadas de árboles del parque, con un libro. Todavía no ha llegado a los grandes recorridos en medio de la naturaleza, pero el parque arbolado adopta, sin embargo, un aire de naturaleza. Pronto llegarán Las confesiones y Los pensamientos de un paseante solitario.

4. La amistad. Esa disposición a la soledad invita a compartirla con un amigo querido, retirado del círculo de los asiduos, por lo general un amo, pariente, sirviente o vecino, pero elegido de manera más especial, separado de los demás. Otro yo. La amistad ya no es únicamente la fraternidad de armas de los caballeros de la Edad Media. No obstante, queda mucho de ella en la camaradería militar de estas épocas en las que las guerras ocupan a la nobleza desde la más tierna edad. Sin duda, sólo excepcionalmente surge la gran amistad que encuentra Shakespeare o Miguel Ángel. Es un sentimiento más civil, un trato afable, una fidelidad apacible, del cual

existe, además, toda una gama de variedades y de intensidad.

5. Todos estos cambios —y muchos otros— convergen ya no según el azar de las etapas, la utilidad más trivial o incluso el complemento de la arquitectura y del arte, sino hacia la exteriorización de sí mismo y de los valores que se cultivan en sí.

Esto lleva a conceder mucha atención y dedicar muchos cuidados a lo que ocurre en la vida diaria, en el interior de la casa o en el comportamiento propio, y a introducir en ello exigencias de refinamiento que llevan tiempo y acaparan el interés; el gusto que entonces se convierte en un verdadero valor.

Durante mucho tiempo las personas habían querido recubrir las paredes de las habitaciones con tapices movibles, instalar cuando era posible mostradores de objetos preciosos. El resto del mobiliario era sencillo, desmontable, seguía al propietario en sus desplazamientos, conservaba un carácter de utilidad, como es el caso de camas, mesas y bancos. Luego las cosas cambian. La cama se instala en la ruelle (4), el mueble se convierte en objeto artístico (y esto es más significativo) y cede el puesto al armario, a la cómoda. El sillón ya no es la silla con brazos destinada a indicar y subrayar una posición social eminente. Madame de Sevigné está en la frontera de las dos épocas y en sus cartas se encuentran ejemplos de sendas actitudes. Lleva consigo en su primer viaje a Les Rochers, y aunque todavía es bastante indiferente al arte de los mueblecitos, los admira en casa de su hija. Ya Samuel Pepys conocía suficientemente a los mercaderes para comprar como entendido grabados, muebles y cuadros. Este arte menor del interior se convierte en fuente de inspiración para el arte del excelente pintor. La pintura holandesa del siglo XVI gusta de representar el interior doméstico con perfección, ideal de un nuevo arte de vivir. Entonces es cuando se desarrolla un arte de la mesa y de los vinos, que requiere una iniciación, una cultura, un espíritu crítico; es lo que se sigue llamando el gusto. ¿No será entonces cuando se desarrolla una gran cocina de maestros, pero también cuando la cocina común se hace más exigente, más refinada, cuando los platos rústicos y toscos se convierten en las hornillas en recetas tradicionales, pero cuidadas y a menudo sutiles? Las mismas observaciones podrían hacerse acerca del vestido y, más concretamente, acerca del vestido de interior.

6. La historia de la casa resume quizá todo el movimiento de esas constelaciones psicológicas que acabamos de evocar, sus innovaciones y contradicciones. Es una historia muy compleja cuya importancia no podemos más que señalar. No deja de cambiar

hasta nuestros días, tras haber sido, entre los siglos XI y XV, relativamente estable.

Creo que los elementos más importantes son:

- la dimensión de las habitaciones, que se hace más pequeña; la multiplicación de espacios pequeños, que aparecen primero como apéndices de las habitaciones principales, pero en los que se concentra la actividad y que muy pronto adquieren autonomía: estudio, alcóve (5), ruelle;
- la creación de espacios de comunicación que permiten entrar y salir de una habitación sin pasar por otra (escalera privada, pasillo o corredor, vestíbulo...);
- la especialización de las habitaciones (Samuel Pepys tenía una nursery, una cámara para sí, otra para su mujer, un living-room, mientras que madame de Sevigné no conocía nada de eso ni en Carnavalet ni en Les Rochers); además hay que hacer constar que, en muchos lugares —y tal vez también en Inglaterra—, el cierre de la casa y la especialización de las habitaciones corresponden más bien a una «funcionalización»;

El individuo, el grupo,

EN .

la familia

dad: de comunidad han dejado libres

que cc corresponden -

las habitaciones están reservadas especie de trabajo antes

que búsqueda de intimidad;

_la distribución de la calefacción y de la luz. La historia de la.

chimenea parece particularmente importante, la para la
Calefacción y para la cocina; citemos ú mente el paso de la
> ari co; a la chimenea pe-
pantalla, que tal sea

conductos y

adaptación occidental de la estufa de Europa central.

queña,

Todo lo que acaba de decir refiere al repertorio analítico.

Ahora preciso preguntarse cómo se reunieron la vida diaria
todos elementos dentro de estructuras coherentes, dotadas de
fuerte unidad, y cómo pudieron evolucionar dichas estructuras, Ad-
vierto tres fases importantes:

1.? La conquista de la intimidad individual. Los s

y XVI

parece que, marcan, desde cierto punto de vista, el
cierto individualismo de costumbres; — la vida diaria, quiero decir
(y no en la ideología: hay desfase entre ambas). Los espacios
sociales que la conquista del Estado y los retrocesos de la sociabili-
a ceder el puesto ¿ al indi-

onden esos espacios sociales : son muy diversos, todos
poco funcionales. Está, por ejemplo, la ventana, , herenci medieval:

Belle Doette fenetres s'assied,
Lit livre et Py tient.
De ami Daon il lui ressouvient
Qui Laurion loin s'en est allé (6).

Evidentemente, la búsqueda de la intimidad suele estar ligada
la conquista de Pero siempre. Otro lugar privilegiado,
este caso, pues corresponde acondicionamiento nuevo.
de la cámara y de la cama, — la ruelle; lugar tanto de las confidencias
de las políticas o de las referentes negocios, lugar
del secreto al fondo de cámara que todavía, veces, está llena
de gente.

A finales del siglo XVII, el pequeño Jamerey-Duval, los siete
ocho años, huye de madrastra y encuentra refugio durante algún
tiempo el bosque, entre pequeño grupo (una petite société) de
pastores que le enseñan leer. Luego hace criado de
nidad de eremitas que le disponen rincón de soledad el que
acumulará ciencia de autodidacta. Más tarde, el vidriero Mé-
nétra tendrá cámara para sí, pero ¡es para recibir amantes,

burgués del siglo siguiente! Breves paréntesis lo que
sigue siendo vida verdadera: la jarana, el trabajo el paseo
compañeros, la participación — la vida callejera de barrio.
Por lo demás, Arlette Farge ha mostrado la persistencia de
sociabilidad pública de la calle los espacios de a las

unto de.

_des de pensamiento,

Yo voy defender gustosamente la tesis de que . individualismo
de “costumbres declinó desde finales del siglo XVII en provecho de
la vida familiar. Debió de haber resistencias, adaptaciones (la espe-
“cialización de las habitaciones permitía el aislamiento), pero la fa-
milia absorbió todas las preocupaciones del individuo, incluso € cuan-
“do le dejaba un espacio material.

_2.” La segunda fase la formación de grupos de convivencia
social, entre los siglos XVI y XVII, en los medios que no pertenecían
a la corte y que estaban por encima de las clases populares; grupos

que. desarrollaron una verdadera cultura de «pequeñas sociedades»

consagradas la conversación, y también la correspondencia y a la lectura. voz alta. Las Memorias y las cartas de este período abundan ejemplos. Me conformaré citar este texto de Fortin

de La Hoguette: «La diversión más común y más honesta de la vida

es la de la conversación. El retiro de hombre solo podría resultar demasiado horrible, y la multitud demasiado tumultuosa, si — hubiera algún medio [subrayo yo] entre ambos [que, observémoslo,

la familia, totalmente ajena esta primera privatización), puesto de la selección de algunas personas particulares [la palabra “particular” la más nuestra palabra “privado”] quienes comunican para evitar el aburrimiento de la soledad y el trastorno de la multitud.» Estas reuniones podían celebrarse en habitaciones más íntimas, más íntimas, con una disposición especial, o bien, simplemente, alrededor del lecho de una señora, pues

Las señoras desempeñaron un importante papel, al menos en Francia y en Italia, en estas petites sociétés. Los presentes siempre —se conformaban con hablar, leer, comentar sus lecturas o discutir. Se dedicaban a juegos de “sociedad (la expresión — significativa), a cantar o a tocar música, a discutir (en Inglaterra: the country parties).

Según parece, en el siglo XVIII parte de estos grupos tuvieron tendencia convertirse en instituciones, reglamentos. Perdieron espontaneidad e informalidad. Se convirtieron en clubs, en sociedades

académicas. Y los que no — institucionalizaban — pasando de este modo al ámbito público — perdían fuerza para convertirse en atractivos secundarios de la vida diaria burguesa:

los salones literarios, los «días» de las señoras del siglo XIX. Yo voy.

formular la hipótesis de que esta convivencia social del siglo XVIII ya es un importante elemento significativo de la sociedad a fines del siglo siguiente.

3.- Tercera fase. En realidad, otra forma de vida diaria ha *
dado entonces el espacio social, poco a poco, todas las clases sociales, tendiendo a concentrar todas las manifestaciones de la vida privada. La familia cambia de sentido. Ya o ya — sólo
— unidad económica, a cuya reproducción ha de sacrificarse todo. Ya

es un lugar de coacción para los individuos, que . únicamente
podían encontrar libertad fuera de ella, lugar del poder femenino.
“Tiende a convertirse en lo que nunca había sido anteriormente: un

lugar de refugio en donde uno escapa de las miradas del exterior,

VIDA PRIVADA

15

DM

La doble definición de lo público.

PRIVADA

Lugar de afectividad en donde se establecen relaciones de sentimiento entre la pareja y los hijos, un lugar de atención a la infancia (cosa negra).

Al desarrollar funciones, la familia, por una parte, absorbe al individuo, al que recoge y defiende; por otra parte, lo separa más claramente que antes del espacio público, con el cual comunicaba. Su expansión se produce a expensas de la sociabilidad anónima de la calle y de la plaza. El padre de familia a lo Greuze, a lo Marmontel, se convierte en figura moral que inspira respeto a toda la sociedad local.

Con todo, sólo se trata del comienzo de una evolución que triunfará en los siglos XIX y XX, y los factores de resistencia o de sustitución son todavía muy potentes. El fenómeno queda circunscrito a determinadas clases sociales y determinadas regiones de la ciudad, sin que logre eliminar la sociabilidad anónima que subsiste en formas antiguas (como la calle) o en formas nuevas, tal vez derivadas de la convivencia social del período anterior (country parties, clubes, academias, cafés).

Habrà que buscar la emergencia del cometido de esta estructura tan vieja, que poco a poco se transformó por completo, en el corazón de una comunidad que mantiene y pone en competencia las formas de convivencia social que se desenvuelven hasta una cultura mixta que se desarrollará a lo largo del siglo.

Las observaciones que presenté como preámbulo del coloquio no son todas de mi cosecha. Algunas (particularmente lo relativo al Estado) las habían inspirado conversaciones que mantuve con Maurice Aymard, Nicole y Yves Castan y Jean-Louis Flandrin. No obstante, expresan o reflejan una problemática que es muy personal y que yo había desarrollado de manera más radical aún en notas anteriores. Esta problemática centra toda la historia de la vida privada en el cambio de sociabilidad; digamos, grosso modo, en la sustitución de una sociabilidad anónima, la de la calle, el patio del palacio, la plaza, la comunidad, por una sociabilidad restringida que se confunde con la familia, o también con el propio individuo.

Por tanto, el problema está en saber cómo se pasa de un tipo de sociabilidad en la que lo privado y lo público se confunden, a una sociabilidad en la que lo privado se halla separado de lo público e incluso lo absorbe o reduce su extensión. Tal problemática da a la palabra «público» el sentido de jardín público, de plaza pública, de lugar de encuentro de personas que no se conocen pero que se sienten contentas de estar juntas.

A mí me resultaba obvio que el hombre contemporáneo trataba de huir de la promiscuidad que el hombre de la Edad Media y de los Tiempos modernos (y, todavía, de algunas partes del mundo actual), en cambio, buscaban. Es cierto que la sociabilidad anónima no era lo que parecía: las comunidades conocían a todo el mundo. En consecuencia, el problema

esencial era el paso de una sociabilidad anónima de grupos en los que las personas podían reconocerse, a una sociedad en la que la sociabilidad estaba dominada (si se tomaban en cuenta los lugares de ocio y de placeres organizados) bien por el espacio profesional, bien por el espacio privado, dado que lo «privado» prevalecía sobre las sociedades anónimas de las que prácticamente había desaparecido la vida pública.

Se trataba, para mí, de un fenómeno capital, y yo intentaba atentamente captar su emergencia y extensión.

Ahora bien, sorprendentemente, en mis discusiones con amigos y colegas y en el coloquio advertí enseguida que ellos, sin oponerse totalmente a mi tesis, la adoptaban por completo y se formaban otra idea del problema público/privado. Tardé en entender dónde se hallaba la divergencia. El seminario y las discusiones que siguieron permitieron dar en el clavo, y ahora entiendo mejor que el problema no era tan monolítico como yo me imaginaba, que se compone, por lo menos, de dos elementos esenciales.

Existe, en efecto, un segundo aspecto de la oposición público/privado que yo no había visto, hasta tal punto me habían resultado extrañas las historias políticas de la historia. En esta concepción, lo público es el Estado, el servicio al Estado, y, por otra parte, lo privado o, más bien, lo «particular» correspondía a todo lo que se sustraía al Estado. Perspectiva nueva para mí, e ilustrativa.

En todo caso, las cosas pueden resumirse muy someramente del siguiente modo.

En la Edad Media, en muchas sociedades en las que el Estado es débil o simbólico, la vida de cada particular depende de solidaridades colectivas o de dominios que desempeñan una función de protección. No tiene nada —ni siquiera el propio cuerpo— que, llegado el caso, no se halle en peligro y cuya supervivencia no esté supeditada a un vínculo de dependencia. En tales condiciones, lo privado y lo público se confunden. Nadie tiene vida privada, pero todo el mundo puede tener un papel público, aunque sólo sea el de víctima. Obsérvese que existe un paralelismo entre esta problemática del Estado y la de la sociabilidad, pues, en las mismas condiciones, existe la misma confusión en el ámbito de la sociabilidad.

Un primer momento importante es el de la aparición del Estado según la expresión de Norbert Elias. Un Estado que atiende jurídicamente a unas cuantas funciones que hasta entonces se habían dejado en una especie de indivisión (paz y orden público, justicia, ejército, etc.). Queda disponible entonces un espacio-tiempo para actividades que ya no tienen nada que ver con la vida pública: actividades particulares.

Sin embargo, la sustitución no fue tan sencilla. Al principio (siglo XVI-primer mitad del siglo XVII), el Estado no pudo hacerse cargo de hecho de todas las funciones que reivindicaba jurídicamente.

VIDA

te. Quedó disponible un espacio mixto que fue ocupado por redes

Je clientela que hicieron cargo tanto de las funciones públicas (ocupación militar) de las actividades privadas, los mismos medios (servicios personales). Éste es, particular, el de Henri de Campion, del que ocupa Yves Castan, que pasa sin escrúpulos del servicio del rey al de los príncipes rebeldes, pero que, sin embargo, sigue invocando al rey. Además, todos los casos, las personas que ejercen realmente el poder (militar, de justicia de policía) nombre del rey, lo hacen propios fondos, bien contentos si de cuando cuando el rey les permite recobrar dinero y más, gracias donaciones generosas. Como hay salarios, vive de arbitrios que tienen nada de humillante, el juego, medio de ganar dinero tan normal otro. En tales condiciones, la de gobernador de provincia, de presidente de tribunal, confunde función. Por esta razón, madame de Sevigné queja de los gastos fastuosos de monsieur de Grignan, lugarteniente del rey Provenza: hace las de rey corte. Del mismo modo, imposible instruir proceso sin que haya intervenciones de terceros ante los jueces, que resultan inadmisibles para nuestra moral actual, pero sin las cuales estos jueces estarían

informados. Es el Estado el que trata, y muy bien las diferencias entre el hombre de Estado y el particular, sin embargo el Estado todavía administra un bien familiar.

Parece. que..está actitud respecto de lo público y del servicio Público corresponde, cronológicamente al menos, aunque tal vez por as profundas, a la sociabilidad de grupos que anteriormente distinguimos. Las relaciones humanas desempeñaban hasta tal punto un papel la información, — la elección y la aplicación de las decisiones, que favorecían las agrupaciones por «afinidades que caracterizan la convivencia social de este período. También favorecían la amistad, sin la cual podía contar Uno de los modelos de esta doble relación público/privado lo tenemos Henri de Campion quien, durante tiempo de servicio

el ejército, organizaba «conferencias» las que discutía de Maquiavelo. Esta situación cambiará cuando, _En una segunda y decisiva etapa, el Estado recupere de hecho todo lo que reivindi-

la esto sucede con el Estado de los intendentes y de Louvois (en la época de Luis XIV), en el que escribanos y oficinas van a reemplazar las redes de clientela y en el que la remuneración pública estará separada del gasto privado. La evolución será diferente en otros Estados, por ejemplo Inglaterra, donde será la nobleza local, decir, lo que nosotros hemos llamado clientelas de servicio, la que desempeñe el papel de los intendentes, pero aceptando someterse las leyes y órdenes del Estado.

Llegamos así. finales del siglo XVII y principios del XVIII. Desde ese momento, lo público está netamente desprivatizado. La cosa pública ya puede confundirse con los bienes o los intereses

“por completo del servicio: p

privados. Desde ese momento, el espacio privado puede organizarse como espacio casi cerrado, y en cualquier caso separado

que ha hecho totalmente autó-

Este espacio liberado lo ____ a llenar la fama. Cabe pensar que los hombres que vivían en dicho espacio, sin participar la vida

>

pública (este es el de la nobleza: ' de los notables de las comunidades. los siglos XVI y XVII, experimentar una frustración que dará origen a reflexión y reivindicación políticas. De este modo el circuito e

La noción que de estas reflexiones emerge en los Tiempos modernos de tratarse atendiendo a dos aspectos distintos. Uno es el de la "homogeneidad del Estado y del particular, y el de las relaciones entre "esfera del Estado y lo que será en rigor un espacio doméstico. El otro — el de la sociabilidad y el del paso de sociabilidad anónima,

en la que se confunden la noción de público y la de privacidad fragmentada en la que aparecen sectores

os: un residuo de sociabilidad anónima, sector

“profesional y un sector, también privado, reducido a la vida
doméstica.